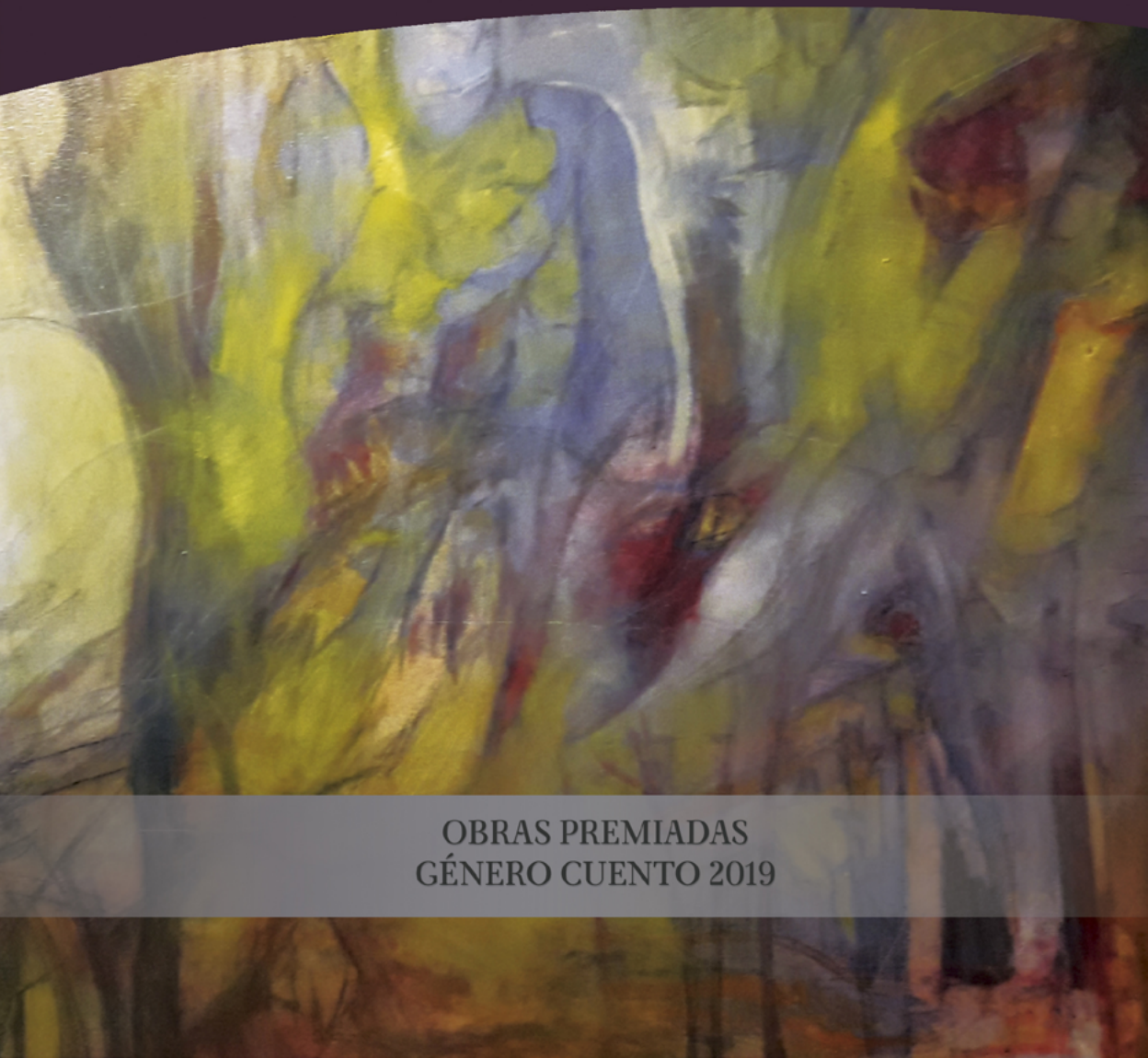


XVI CONCURSO LITERARIO NACIONAL PREMIO

# Stella Corvalán



OBRAS PREMIADAS  
GÉNERO CUENTO 2019

XVI CONCURSO LITERARIO NACIONAL  
PREMIO “STELLA CORVALÁN”

OBRAS PREMIADAS

GÉNERO CUENTO  
2019

**Ediciones Municipales Talca**, es una serie de proyectos editoriales sin fines de lucro de la I. Municipalidad de Talca y de la Corporación Municipal de Cultura de Talca, que tiene por objetivo difundir contenidos relacionados con el quehacer artístico-cultural, patrimonial y social de la comuna.

Cuenta con un sistema de distribución, que permite poner las publicaciones al alcance de la ciudadanía, a través de establecimientos educacionales, bibliotecas y centros culturales, entre otros medios.

Trabaja con un equipo de profesionales idóneo, que permite velar que los contenidos y estilos sean acordes a la misión y visión de la institución que los acoge.

**Juan Carlos Díaz Avendaño**

Alcalde de la I. Municipalidad de Talca

**Cristina Zúñiga Araya**

Directora Ejecutiva

Corporación Municipal de Cultura de Talca

**Dirección Editorial**

Centro Cultural Municipal de Talca

Se autoriza la publicación parcial de este libro citando la fuente.

**Ilustre Municipalidad de Talca**

Registro de Propiedad Intelectual N° 2020-A-3729

Primera edición: 150 ejemplares

Talca, Mayo de 2020

Diseño y diagramación: Luz María Gutiérrez Tapia.

Cuadro portada: “*Deambulación*”, de Pablo Améstica Miño.

Coordinador de la Edición y Corrector de Estilo: Adriano Améstica.

**Ediciones Municipales Talca**

Corporación Municipal de Cultura de Talca

Dirección: 1 Oriente 1640 – Talca

[www.talca.cl](http://www.talca.cl)

XVI CONCURSO LITERARIO NACIONAL  
PREMIO “STELLA CORVALÁN”

OBRAS PREMIADAS

GÉNERO CUENTO  
2019

## PRÓLOGO

### EL PREMIO “STELLA CORVALÁN” Y SUS RAÍCES LITERARIAS MAULINAS

**E**l Premio “Stella Corvalán”, completa este año, habiendo sido convocado ininterrumpidamente, su XVI versión y da inicio a la XVII.

Desde el comienzo, hay que destacarlo, contamos con la colaboración de personas, cuyo único interés era sumar sus esfuerzos, para fortalecer este proyecto literario, por considerarlo importante y valioso como incremento al patrimonio artístico-cultural de la región y el país.

Nació, mirado desde una perspectiva literaria, en una región como la maulina, vinculada a varios premios nacionales: Mariano Latorre (1944), Pablo Neruda (1945), también Nobel de Literatura (1971); Francisco Antonio Encina como ensayista, en 1955; Max Jara (1956), Pablo de Rokha (1965), Eduardo Anguita (1988), Efraín Barquero (2008); y no podemos olvidar a Guillermo Blanco, Hijo Ilustre de Talca, Premio Nacional de Periodismo en 1999.

En el Liceo de Hombres de Talca aflora asimismo, fundado en 1938, el Grupo “*La Mandrágora*”, de corte surrealista, que integraron Teófilo Cid, Enrique Gómez Correa, Braulio Arenas, que sería Premio Nacional en 1984; y Jorge Cáceres, poeta, bailarín y artista visual, quien al incorporarse tiene 15 años de edad. Digamos de paso, que “*La Mandrágora*” genera opiniones tan opuestas una de otra, como la del poeta Gonzalo Rojas, para quien ésta

*“fue un entramado antojadizo y endeble...”*, según expresara, mientras que el mexicano y Premio Nobel de Literatura, Octavio Paz, destaca al grupo como *“el único auténticamente surrealista en Latinoamérica”*.

Vinculada también al Liceo de Hombres, que actualmente lleva su nombre, en sus raíces aparece la figura del intelectual maulino, Abate Juan Ignacio Molina, naturalista, geógrafo y cronista quien, muy poco se ha difundido al respecto, escribió poesía, un poemario titulado *“Sobre los Ríos de Chile”*, donde incluye, entre otros, bellos cantos alusivos a los ríos Loncomilla, Maule y Claro.

Valgan estos antecedentes, para fundamentar que el Premio “Stella Corvalán”, al instituirse, encontraba tierra nativa naturalmente propia, con un legado literario y cultural ya reconocido, para insertarse y crecer desde aquí, y sustentarse hasta alcanzar la proyección nacional que hoy posee...

## DE LA POETA TALQUINA, EL CONCURSO Y SU PROYECCIÓN

Es de alta relevancia destacar, que en su proyección a través del país, han sido poetas y cuentistas, los muchos que cultivan estos géneros, quienes a lo largo y ancho del territorio, con su participación desde el año 2004, han mantenido vigente nuestro certamen, hasta llegar a esta versión año 2019.

Hoy, creo que podemos afirmar, que hemos llegado a una instancia, a una convergencia, en que el Premio “Stella Corvalán”, prestigia a quienes son galardonados cada año y, a su vez, por sus méritos como poetas y escritores, estos galardonados dan prestigio a nuestro concurso nacional.

Detractores y vaticinantes de fracasos, ¿por qué no expresarlo?, que los hubo al principio, han sido vencidos por la fuerza de los hechos y el poderío de las convicciones, puestas al servicio de una causa por demás tan noble y

justa, como es este certamen, dedicado a la poeta talquina Stella Corvalán, dedicado a preservar su memoria, a exaltar su imagen de poeta y de mujer, su poesía que por esencial, por su valor como creación artística, por su propuesta estética, hoy, al leerla, continúa asombrándonos, como asombrara en círculos literarios extranjeros, a connotados personajes de las letras, el pasado siglo XX, principalmente en Europa...

## DE LOS JURADOS

Cada año, destacadas personalidades del ámbito de las letras, entre ellas escritores, académicos, profesionales formados en el estudio de la Literatura, entregan su experiencia y colaboración como jurados, para seleccionar y elegir por sus méritos a quienes merecen ser distinguidos como ganadores, o ganadoras, luego de leer y analizar cada obra en concurso, firmada con el correspondiente pseudónimo.

Como mención especial, consignamos que, recientemente supimos de la muerte del distinguido escritor y Miembro de la Academia Chilena de la Lengua, Jorge Nawrath, quien entregó su valiosa colaboración como miembro del Jurado en la versión cuento del año 2011 del Premio “Stella Corvalán”, junto a Jaime Valdivieso y Óscar Bustamante, ambos asimismo renombrados escritores chilenos, también ya fallecidos.

Recientemente, asimismo, hemos sido duramente golpeados por la noticia, anunciándonos la muerte de Matías Rafide, poeta, catedrático, antólogo, ensayista, crítico literario, un maulino originario de Curepto, quien colaboró incansablemente por muchos años con nuestro certamen, mientras su salud se lo permitió, realizando labores de jurado, y siendo además su voz oportuna, entusiasta y optimista, constante estímulo para continuar bregando en beneficio de nuestro torneo literario.

En esta ocasión, 2019, desarrollaron relevante labor de jurados, los especialistas, Susana Burotto Pinto, escritora; Diego Muñoz Valenzuela, escritor; y Gabriela Hill Vásquez, Licenciada en Letras, a quienes damos nuestro agradecimiento, por el tan brillantemente trabajo, efectuado durante tres meses, tiempo en que cada cual debió leer, cada uno de los 146 relatos que recibimos como respuesta a la convocatoria.

## DE LOS PREMIADOS

En cuanto a las obras destacadas con los tres primeros lugares y las tres menciones honrosas, al cabo de largas discusiones, finalmente el Jurado determinó que serían distinguidas las siguientes:

*-Primer Premio, “En el Mismo Lugar de Siempre”, del autor Sergio Sepúlveda Astudillo. Es un cuento de tema contingente, que ahonda en la relación amorosa de dos mujeres. A través de la protagonista, que para encontrar a su amante realiza un viaje por una carretera envuelta por un paisaje nocturno de tintes grises, por momentos se vislumbran sensaciones de soledad, depresión, desesperación, mezclados con recuerdos hogareños, mientras la trama avanza hacia un desenlace de final incierto.*

*-Segundo Premio, “Para una Dama de Otro Tiempo”, del autor Tulio Mendoza Belio. Es un relato en que somos conducidos por el narrador hasta casi extraviarnos en el tiempo, mientras desfilan frente a nuestra mirada evocaciones, reminiscencias, la descripción interior de un espacio familiar alguna vez compartido, así como hay también la oportunidad para confesiones y reflexiones, cuando ya es muy tarde, cuando no es posible cambiar nada. El desenlace, en este cuento, resulta sorpresivo y conmovedor.*

*-Tercer Premio, “Tarea sin Sentido”, de la autora Fabiola Castillo Rojas. Es un texto en que se palpa un mundo de frías relaciones humanas, en*



*un medio ambiente desolado y expuesto a una amenaza latente, que se va anunciando desde la sospecha... El protagonista, tiene una sola tarea, que debe cumplir día a día, y cuya importancia parece ser menor, posiblemente porque el personaje puede ser visto como alguien deficitario al que se le encomienda un trabajo a primera vista irrelevante...*

*-Mención Honrosa, “Una Mano por lo Menos”, del autor Mario Guajardo Vergara. Es un cuento que por la vía inicial del juego de niños, nos muestra un ambiente de reglas no escritas, inquebrantables, que todos deben acatar, los niños, y a su vez los adultos, con un comportamiento cómplice que se diría enfermizo, tóxico. Hay secretos, simulación, una violencia que se infiere, un miedo disfrazado y el fantasma dictatorial, insinuado, flotando como causa no revelada, no dicha y, sin embargo, influyente.*

*-Mención Honrosa, “La Mancha”, escrito por Enrique Marchant Díaz. Nos lleva, este relato, de manera singular, mediante un salto en el tiempo, por los derroteros de Don Quijote de La Mancha y su autor, para proponer una lectura distinta, o abrir una ventana para ver a un Sancho que recurre en una celda a la escritura para escapar de la demencia, en tanto en la celda contigua, el llamado Manco de Lepanto, esta vez como personaje, fracasa, día tras día, en el intento de escribir.*

*-Mención Honrosa, “Los Coirones”, obra de Melany García Quevedo, pone en escena la dramática situación que vive una familia europea en Tierra del Fuego (1880, tal vez), y que es el ambiente donde ocurren las acciones. La autora, incursiona en la vida, creencias, ritos y costumbres de un pueblo originario amerindio, los Selk’nam, también conocidos como Onas, a la par que muestra en los hechos sus rasgos humanitarios, en fuerte contraste con lo que fueron en la realidad las actitudes criminales de los invasores. Es una verdad histórica, que los Selk’nam, fueron violentados al principio por buscadores de oro, y después por estancieros que les usurpan sus tierras*

*para dedicarlas a la crianza de ovejas, y que incurriendo en masacres, en asesinatos masivos, los exterminan como pueblo.*

En su conjunto, los seis relatos están incluidos en este libro, el que en su portada, como en ocasiones anteriores, muestra una obra de Pablo Améstica Miño, enviada desde EE.UU. y especialmente pintada como una creación no ilustrativa, luego de leer el cuento que obtuvo el Primer Premio, el antes aludido “*En el Mismo Lugar de Siempre*”, escrito por Sergio Sepúlveda Astudillo.

Felicitemos a los premiados, por las distinciones obtenidas. Los instamos a seguir escribiendo, a continuar avanzando en el difícil cultivo del escribir como su modo de expresión artística, palabras que hacemos extensivas a cada uno de los participantes en el concurso.

## DEL CUENTO

Nos parece oportuna la ocasión, para dedicar algunas líneas al cuento como género literario, citando a un par de escritores que se refieren al tema.

Guillermo Blanco, nativo de esta ciudad de Talca, cuentista de excelencia, señala refiriéndose a los narradores, que “*los estilos de cada cual son distintos*”, siendo lo primordial, “*entender que la literatura es el arte de la palabra*”, precisando luego que, “*en la medida en que uno va excavando, descubre más en profundidad lo que es una palabra y lo que hay en ella...*”.

Blanco, quien se declara, enemigo de las reglas para escribir un relato e incapaz de elaborar un esquema, pues necesita dejarse envolver por el suspenso, que funciona, dice, independiente de él, manifiesta asimismo: “*Yo nunca sé en mis cuentos lo que viene después. Y así, me emociono y me sorprendo igual que el lector...*”.

Por su parte, el gran escritor argentino Julio Cortázar, coincide con Blanco al decir: “... *Nadie puede pretender que los cuentos sólo deban escribirse luego de conocer sus leyes. No hay tales leyes; a lo sumo cabe hablar de puntos de vista, de ciertas constantes que dan una estructura a ese género tan poco encasillable*”.

El mismo Cortázar, también dice del cuento, entre otras cosas, que su concepto es “*muy severo: alguna vez lo he comparado con una esfera; es algo que tiene un ciclo perfecto e implacable; algo que empieza y termina satisfactoriamente como la esfera en que ninguna molécula puede estar fuera de sus límites precisos*”. Y también: “*Para mí el cuento es un texto, continuo y cerrado sobre sí mismo, que exige un alto grado de perfección para que sea eficaz. No quiero decir perfección artificial hecha desde afuera, sino perfección interna. Ahora, esa perfección interna del cuento, el escritor tiene que ayudarla y completarla con una versión idiomática perfecta; es decir, el lenguaje tiene que ser implacablemente justo. No puede haber adjetivos de sobra en un cuento. No puede haber indecisiones a menos que eso forme parte de la intención del cuento. Es decir, el cuento tiene que ser un poco como el soneto en la poesía. Tiene una especie de definición formal, muy justa, muy precisa, en mi opinión*”.

En la valiosa obra de Enrique Lafourcade, “*Antología del Nuevo Cuento Chileno*”, publicada por Zig-Zag el año 1954, encontramos asimismo una variedad de definiciones del género cuento de diversos escritores, como, entre otros, José Donoso, Jorge Edwards, Luis Alberto Heiremans, Enrique Lihn, María Elena Gertner...

Anotemos, además que, Braulio Arenas, el mismo de “*La Mandrágora*”, argumenta que, cronológicamente hablando, el primer cuento chileno publicado fue “*El Picapleitos*”, escrito por Juan Egaña, en 1819, ello, en

contraposición a Raúl Silva Castro, que otorga esa primacía a José Victorino Lastarria, con el cuento “*El Mendigo*”, publicado en 1843.

Existe, por lo tanto, cualquiera sea el primero, a través del tiempo, un largo camino recorrido, que ha ido dejando, gracias a los cultores de la palabra escrita, innumerables obras del género, como preciados frutos que se constituyen en caudal, en patrimonio, al que modesta y decisivamente estamos contribuyendo con nuestro certamen, que alterna poesía y cuento, año tras año, contando con el apoyo de los medios que contribuyen a su difusión, con el patrocinio de la Academia Chilena de la Lengua, y con el fortísimo respaldo en todo sentido de las instituciones convocantes: la Ilustre Municipalidad de Talca y su Corporación de Cultura.

**Adriano Améstica**  
Coordinador Premio “Stella Corvalán”

*TALCA, Marzo 08 de 2020.*

PREMIO  
“STELLA CORVALÁN”  
2019

# EN EL MISMO LUGAR DE SIEMPRE

Sergio Sepúlveda Astudillo

No puedo creer que voy a hacerlo. Hablo de alejarme de mi familia y decidirme a estar con Isabel. Cuando salí de mi turno en la municipalidad jamás pensé que al llegar a la carretera iba a dirigirme al sur, en dirección a Talca, y no hacia el norte, donde está mi casa. Solo conduje sin pensar en las consecuencias.

Voy en la Ruta 5 Sur y sé que debo llamar a Juan. Necesito que le explique el asunto a Catita, que me dé el tiempo necesario para pensar las opciones. Prometo hacerlo en esta bencinera o en la próxima. Quizás lo haga en el estacionamiento de un restaurante de camioneros cerca de Curicó.

Oscurece y las luces de los autos llegan a mi rostro. Miro por el retrovisor y los camiones se alejan y los árboles se extienden, grises y cafés, por la orilla de la carretera. Estamos a comienzos de mayo y aún no cae una gota de lluvia. Los ríos están secos y me pregunto hacia dónde van los peces cuando el agua escasea. Quizás se mueren, me digo, o quizás sean capaces de vivir en pequeños charcos de agua estancada. Es posible que Isabel sepa la respuesta, porque ella sabe ese tipo de cosas.

Veo los letreros en la carretera y escucho las emisoras de radio mal sintonizadas que se van perdiendo mientras avanzo. Pongo en Google la dirección de destino, aunque sé perfectamente cuál es la ruta. Pero me gusta mirar mi teléfono. Los colores y la flecha que se mueve. Me entretiene hacerlo y me siento menos sola.

Me alejo de Rosario y sé que la distancia hará que la conversación se vuelva más llevadera con Juan. Aunque sé lo que me dirá. Adivino sus palabras lastimeras porque lo conozco. Imagino su rostro cuando piense que es una broma y me pregunte dos o tres veces lo mismo. No sé qué le diré. Intento practicar pero no se me ocurre. Estoy tan nerviosa que ni siquiera he llamado a Isabel. Prefiero darle una sorpresa. Le diré que se tome esos días de vacaciones que le quedan y que nos vayamos unos días a Villarrica con unos ahorros que tenía para cambiar el auto.

Me gusta pensar en los kilómetros que recorro y fantaseo con no volver a Rosario. Detesto ese pueblo lleno de viejas copuchentas y viejos borrachos. No quiero pasar otro invierno ahí con noches eternas sin dormir, con un paisaje repleto de humo y neblina, con personas que son fantasmas en las plazas, con calles que unen a poblaciones iguales, con sitios eriazos convertidos en vertederos, y con bares y restaurantes que son las copias baratas de lugares mejores.

Me detengo en una gasolinera antes del peaje entre Curicó y Talca. Necesito comer lo que sea. Me estaciono y entro al lugar. Hago la fila y pido la oferta más barata. Una mujer me pasa una hamburguesa con queso en un pan recalentado y una bebida de máquina que tiene sabor a agua mineral con gas. Le doy las gracias, pero ella apenas me mira. Tomo mi bandeja y me siento cerca de un televisor que da las noticias de las nueve. Hablan de un choque múltiple a la entrada de Santiago y de un taxista que mató con un palo en la cabeza a un colombiano que lo chocó por detrás. Me distraigo

y miro por la ventana. Mi auto está sucio y viejo, pero me gusta dejarlo así, aunque me escriban mensajes de «Lávame» en el capó o en la ventana trasera. No confío en la gente que mantiene limpios sus autos. Pienso que esconden secretos o que simplemente no tienen nada más importante que hacer.

Termino de comer y vuelvo al auto. El cielo está rojizo por las luces del alumbrado público. Un aire frío y seco entra por mi nariz. Saco mi teléfono y veo los mensajes de Juan. Quiero ser honesta. Una parte de mí quiere volver y regresar a los momentos felices que tuvimos. Sentirme enamorada de él. Recuerdo los paseos a la tienda de los chinos y la risa que nos provocaba comprar cosas inútiles. Qué sé yo. Un molde de galletas con forma de luna, o esos calcetines con estampado de gato que me duraron una sola postura. Mirarlo a través de los pasillos, intuir qué le gustaría comprar —tornillos inútiles, carcassas de celular y anzuelos para pescar— y saber que llegaríamos a casa, tomaríamos once y nos reiríamos con alguna película tonta en el computador.

Los autos llegan y se van de la gasolinera. Familias enteras, gente sola que come y toma café para seguir su camino. Me dan ganas de bajarme del auto y hablar con extraños. Pero no lo hago, no quiero parecer una loca. Saco un espejo de mi cartera y me pongo brillo en los labios. Reclino el asiento y me echo gotas en los ojos. Veo mi maquillaje corrido, pero no me hago problema. En la pensión de Talca me arreglo y quedo lista. Desde ahí llamaré a Isabel, aunque confieso que me gustaría oírla ahora.

Tomo el volante con una de mis manos y pongo la llave. El motor ruge, como si se quejara por el frío. Las colinas lucen como sombras en la noche y el reflejo brillante de la luna llena se difumina sobre la carretera. Estoy cansada y me siento como esos perros que vagan por la orilla de la carretera. Pongo la marcha atrás y me recupero. Puedo manejar un rato, *puedes hacerlo*, me digo en voz alta.



Sigo por la Ruta 5 Sur y me acerco a Talca. Hay sectores donde la oscuridad se repliega en mi campo de visión. Las temporeras esperan la locomoción en paraderos sucios y sin techo. No alcanzo a ver sus rostros, pero imagino el frío y cansancio que deben tener. Me siento afortunada de no ser ellas. Abro la ventana y me llega un hedor a mierda de caballo. Enciendo un cigarro y lo dejo pasar. No hay autos en mi camino y no sé por qué cierro los ojos. Acelero. Cuento hasta cinco y los abro. Mi corazón late rápido. Repito lo mismo, pero cuento hasta diez y grito por la ventana hasta que siento una bocina de un camión que intenta adelantarme. Mis manos tiemblan. Quiero volver a hacerlo, pero disminuyo la velocidad y veo el letrero.

Quedan diez kilómetros para llegar a Talca.

Llamo por teléfono a la pensión donde me alojo. La señora me cuenta que la pieza está lista. Jamás pregunta más detalles. Sabe que Isabel se queda conmigo y que al día siguiente le pedimos el desayuno a la pieza. Yo le deposito la plata por adelantado. No converso más temas con ella. Solo sé que tiene un hijo que estudia para veterinario en Concepción. Yo nunca lo he visto en persona, pero hay fotos suyas colgadas de la pared del living. También hay crucifijos y retratos de juventud, un olor fuerte a humedad —por no decir olor a vieja— matizado con aerosol de vainilla.

Cada vez que me pongo nerviosa me da hambre, así que me detengo en una fuente de soda en las afueras de Talca. El casero —un jubilado a la antigua de esos que apenas dejan de trabajar se mueren— me conoce y apenas entro me sirve un té caliente y un completo italiano con harta mayonesa. Me quedo en una esquina sin que nadie me moleste. Es como si pusiera mi vida en pausa. A veces creo que don Fidel me conoce y que no me busca conversa por eso. Me saluda y vuelve a la barra. Yo me siento feliz acá, como si fuese un mueble más de su fuente de soda.

Son cerca de las once de la noche. Hay poca gente porque es martes. Termino mi té, levanto mi mano y pido un vaso de vino. Él me lo sirve hasta arriba y me pregunta cómo va la vida. Quizás intuye lo que me sucede, me digo, pero luego se aleja. Lo observo e imagino que su piel debe oler a churrasco y a café. Una interesante combinación. Saco mi teléfono de la cartera y veo los mensajes de Juan. También los de Catita, aunque sé que los escribe Juan. Conozco la forma en que intenta emular el tono de su hija.

Hasta que me decido a llamar a Isabel. Marco su número y escucho el tono de llamada.

Ella contesta como si la hubiese despertado.

—Pensé que te sorprendería mi llamada.

—Disculpa, vengo saliendo de la ducha y tengo sueño.

—Estoy acá.

—¿Qué dices? ¿Dónde?

—No te hagas la loca.

—¿Tengo que adivinar?

Me quedo callada y tomo el vaso vacío de vino. El cristal da reflejos violetas con la luz.

—Estoy en las afueras de Talca, en el mismo lugar de siempre. Iré a la pensión, para que vayas más tarde. Estoy cansada, pero por fin lo he hecho.

—¿Hacer qué?

—Venirme para acá.

—*Isabel ¿con quién hablas?* —dice una voz.

Ella se queda callada.

Me pide que la espere en línea, que tiene mala señal en su pieza.

Me pregunto cómo será su casa por dentro. Por afuera la conozco. Tiene un jardín con pasto y rosas en los extremos. Me intriga saber si los muebles los elige ella o su esposo, si tiene cuadros en las paredes y si en su patio tiene flores silvestres o una parrilla para los asados. Me gustaría saber si sus hijos los visitan los fines de semana o si él sospecha de nosotras. Si mi nombre aparece en sus discusiones.

—Ahora sí. ¿Estás ahí?

—Sí, ¿vas a venir?

—No puedo ir.

—¿Hago esto por ti y no eres capaz de ponerte unos pantalones, una chaqueta y conducir 15 minutos?

—No es por eso... ¿Se lo dijiste a Juanito?

Y se ríe.

—Te lo cuento cuando nos veamos. Bueno, si no vienes hoy, te espero mañana. Podemos almorzar y, ¿se lo dijiste a él?

—He tenido problemas... Estoy ordenando mi maleta.

—Al menos ya estás haciendo algo.

—No estás entendiendo.

—¿Entender qué?

—Mañana me voy a La Serena.

Espero unos segundos y suspiro.

—¿Y qué se supone que vas a hacer allá?

—A Manuel le salió un buen negocio..., en realidad recibió una herencia de una tía, no sé si te conté, pero él vivió allá y cuando nos casa...

—¿Es una broma? —y siento su respiración en el auricular—. Eres una cobarde, ¿lo sabías?

—Tranquila, si quieres nos vemos cuando vuelva. Será un mes como máximo, no te compliques, ¿quieres?

—Escúchame bien, eres una... ¿Aló? ¿Aló? ¿Aló? ¿Aló? ¿Aló? ¿Isabel? ¿Isabel?

Golpeo la mesa con fuerza y el vaso cae al piso y se quiebra. Las manos me tiemblan. Don Fidel me observa con cautela desde la barra y se acerca con una botella de amaretto y otro vaso. Lo llena y dice, «a cuenta de la casa». Barre los trozos de vidrio y me deja sola.

No sé qué hacer.

Bebo el vaso de amaretto de un trago y salgo a fumar un cigarro. Es cerca de medianoche. Miro mi rostro con la cámara del teléfono. Las arrugas se me marcan con fuerza en la frente y alrededor de la boca. Estoy ojerosa, pero me da lo mismo. Vuelvo a entrar y solo atino a escribirle un mensaje a Juan, a decirle que cuando regrese le explico el asunto. Yo sé que él entenderá y que no preguntará mayores detalles, que olvidará esto cuando estemos en la cama y le diga que aún lo amo.

Manejo por el centro de Talca hasta que llego a destino. Las mismas calles, los mismos edificios y la misma plaza con máquinas para hacer ejercicio. Me detengo y reconozco el frontis de su casa, el jardín tan malditamente ordenado. Veo la silueta de Isabel junto a Manuel, su esposo, en la habitación. Salgo del auto y me apoyo en un árbol. Enciendo un cigarro y voy hacia la casa con mi cartera colgando del hombro. La reja está abierta. Avanzo. Me pongo frente a la puerta. Golpeo una vez. Golpeo por segunda vez. Golpeo por tercera vez. Respiro hondo y alguien se acerca. Mi corazón late con fuerza. Miro hacia el cielo. Una neblina densa llega desde el sur de la ciudad.

SEGUNDO PREMIO

# PARA UNA DAMA DE OTRO TIEMPO

Tulio Mendoza Belio

**V**erá usted, hace tiempo que deseaba escribirle. Lo hago ahora en la certeza de que pueda leerme con la distancia y la tranquilidad que proporciona el tiempo transcurrido, deshecho y evaluado. Toda realidad cambia según el rincón desde donde se la mire y ya sabe que no soy ni un experto pero tampoco un aprendiz, simplemente un ser humano que ama la vida y detesta a aquellos que juegan a querer abandonarla sin antes haberse quemado los ojos. Hay que hartarse de realidad para saber que una despedida no es algo tan simple como levantar la mano y hacer un gesto de adiós.

Imagino que estará cansada y vieja y que seguirá habitando nuestra antigua casa, es decir, la casa que fue nuestra. ¿Aún conserva sobre la chimenea los elefantes de marfil que siempre van en religiosa procesión hacia algún cementerio desconocido? De ser así, los imagino llenos de polvo o cubiertos con la ceniza de la imaginación de algún volcán trasnochado. ¿Y el estante que le construí para que pusiera sus libros de costura, de tejido y de bordado? ¡Cómo olvidarlo! Era un orden que merecía la atención de nosotros mismos, nadie tuvo nunca la posibilidad de invadir ese aseo quirúrgico.

¿Todavía sigue sola? Me parece oír la soledad en los golpes de la máquina de escribir, en el deslizarse de ese rodillo y el ruido de la campanilla que anunciaba que había que volver a empezar. Muchas veces sentí que nuestra vida era todo lo contrario, una reversa, una línea borrada, una llave que seguía goteando ruidos insoportables. Y los vecinos imaginarios que protestaban a toda hora. No puede ser que esto siga así, hay algo que hacer, volver a buscar la llave inglesa o llamar al plomero. Y usted imperturbable en su sillón de felpa roja, como una llama encendida, no paraba de tejer su telaraña, su tricota de gruesa lana cruda y el gato desparramaba los ovillos. Me amenazaba con que sería para mí, para el crudo invierno que se avecinaba y claro ya estamos en julio y ha llovido, imagino que usted sabe cuánto ha llovido, aunque uno no tendría por qué enterarse de esos asuntos exteriores, más vale estar informado del interior y eso es difícil, no se expresa con claridad, quiere mantener su reserva. Creo que fue uno de los problemas de nuestra separación. Hizo frío siempre afuera, llovió siempre en otra parte, alguien partió leña en el bosque, encendió el fuego, atizó las brasas, pero nunca sirvió leche caliente con nata ni pan con mantequilla y mermelada de murtas. Puede ser muy grave el hecho que me atrevo a relatarle. ¿Sabe que basta una diminuta basura en un ojo para que sienta usted la imposibilidad de ser alguien? No quería recordar aquí lo de los caracoles del jardín, pero es necesario que reitere que no fui yo quien decidió cortarles las antenas con sus ojos lentos en un carril del aire, recuerde que toda mi vida he odiado las tijeras, aunque fueran esas de plata que sus antepasados habían traído de Francia y que llevaban grabadas sus iniciales. Estoy seguro de que fueron los hijos de esa familia insoportable que habitaba la casa contigua y que un día trajeron un recado, ya no recuerdo qué. Habían dicho que eran una plaga y que habían invadido todo, hasta la vida. ¿Ha visto usted cómo quedan las pobres hojas cuando esa baba cristalina y lustrosa imprime sus huellas sobre el verde?



Ayer fue su cumpleaños, no crea que lo olvidé. No vamos a hablar de fechas, sería algo impertinente. Tal vez le escribo ahora justamente porque ayer fue su cumpleaños y un cumpleaños debe celebrarse como corresponde. Mi madre nunca dejó de festejarme, lo hizo con ternura. Debo reconocer que nosotros también tuvimos instantes en los que brillaron las copas de champán y los cubiertos de plata, los manteles bordados y la loza de Limoges, herencia de sus padres. Nunca vino nadie, nadie acudió porque en realidad nunca invitamos a nadie, para qué, verdad, hubiera sido un desatino toda esa gente inquiriendo detalles, formulando preguntas, suponiendo cosas, no, no hubiéramos soportado la impertinencia del mundo, éramos como dos gotas de agua, el pasado es de rigor, ya lo sabemos, como el luto. Perdone que sea tan disperso, solo quiero ser natural, no impostar ni la sangre ni mis deseos.

Aquí en mis manos tengo ahora el reloj con la cadena de oro que me obsequió cuando a usted se le ocurrió que ya era hora de que no nos olvidáramos y que esa cadena nos mantendría atados, no solo al tiempo indecifrable y fastidioso, sino que a nosotros mismos que algún día tendríamos que sucumbir inevitablemente ante esa esfera que palpita con sus flechas implacables.

Son las doce de la noche y el viejo tocadiscos transmite desde hace rato nuestro concierto para violín y orquesta de Wieniawski, el número uno, con Jascha Heifetz. Ya sé que me dirá que repita el tercer movimiento, el rondó virtuoso, tierno y juguetón y que yo accederé con agrado. ¿Ha visto los dedos del violinista? Sí, le diré como tantas otras veces frente a su misma pregunta y haciendo gala de mi afición por la entomología los compararé con unos verdaderos *gerris lacustris*, esos insectos que pueden caminar sobre el agua. Tengo los otros discos guardados, fue casi lo único que me traje en la maleta. Los he ordenado como corresponde, así, al alcance de la mano. Yo sé que usted hace lo mismo con sus libros. ¿Quiere una taza de té o prefiere un vino dulce? Claro, no se preocupe, yo lo sirvo. ¿Con canela? Ya sé que sin

azúcar. Aunque nunca comprendí por qué podía tomar vino dulce y no té con azúcar. Sí, también hay galletas. Solo quedan saladas. No sé dónde dejó la caja de lata que usábamos para conservarlas frescas, de seguro estará en el armario de la cocina, claro, no consideré necesario traerla conmigo, además con todos esos vinilos en la maleta, imposible, y hay prioridades. Sé que ahora estará preguntándose por mi tos, si ya tomé el jarabe de capulín o la antigua receta de cuesco de palta molido con mucha miel. Siempre preocupada y solícita. Nunca dejaré de agradecersele. Sabe, ya no tengo tos, desapareció en cuanto abandoné la casa. No quiero que vaya a pensar que usted me provocaba esa alergia, solo es una constatación que vine a comprobar después de un tiempo. El polvo es el refugio de una cantidad impresionante de ácaros.

No, no he olvidado la bufanda que me tejíó, es decir, la considero parte de mi vestimenta. Incluso, perdone que se lo diga tan descarnadamente, podría ser un último recurso en caso de una emergencia, uno nunca sabe lo que nos puede deparar la vida. Sí, la estoy escuchando, si ya sé que no debo hablar de esas cosas, no, se lo prometo, no diré más barbaridades. ¿Se sirve un poco más de té?

Le escribo desde un lugar que ni yo mismo conozco, solo lo que me rodea tiene sentido: el corredor con las plantas, la estufa a leña, las ristras de ajo en la pared izquierda, las botellas de colores, la verde, la roja, la azul, que sirven para el agua, el aceite y el vinagre de manzana, respectivamente, y la antigua Biblia forrada en cuero y el viejo trinche con la vajilla distribuida en estricto orden. He fijado con pegamento aquella loza dispersa que sirve de adorno, sabe que soy muy precavido y no quiero la quebrazón ocurrida con el último terremoto. ¿Aún conserva la cerámica rota? ¡Qué bello resulta ese orden para mí! Sí, también para usted. Y ahora que le escribo siento que hay más detalles que nos unen. Basta escribir para encontrar, lo importante sería haberlo hecho antes, ahora ya es muy tarde, sí, muy tarde para ambos.

Creo que es suficiente por esta noche. Tal vez mañana continúe escribiéndole tal como lo he hecho desde que usted falleciera, hace exactamente siete años. Llueve ahora. Que el sueño espere. Jascha Heifetz aún no finaliza el concierto.

TERCER PREMIO

# TAREA SIN SENTIDO

Fabiola Castillo Rojas

‘Tututu tuuuu tututu tuuuu’. El molesto zumbido del despertador programado a máximo volumen lo arrebató de sus sueños vacíos. Él estiró su mano, como cada día, lo apagó y se deslizó de su cama para preparar su jornada. Sin mayores sorpresas, se arregló, comió lo mismo de siempre y se trasladó al mismo monótono trabajo que tiene desde que recuerda.

Por el pasillo immaculado de baldosas blancas, unas pocas personas inclinaron su cabeza en un frío saludo, habitual. Poco sabía él de esas personas: lo llamaban Marito o don Marito, los menos despectivos. Al decir “Marito”, los otros tenían esa sonrisita desdeñosa de sus condiscípulos del colegio. “Marito”. La verdad es que a Mario sólo le gustaba que su mamá lo llamara así, pero ella murió hace mucho y ahora él tenía que lidiar con todos sin su guía amorosa. No le gustaba su trabajo, en particular, pero le tenía una lealtad rabiosa a la empresa que le dio empleo cuando todo el mundo lo rechazaba: “eres perfecto para el cargo, Marito”, le decían. Eran, por cierto, los únicos que habían usado el adjetivo “perfecto” para referirse a él, y Mario no lo creyó. No, lejos de ser perfecto en cualquier cosa. Para

su sorpresa, luego de veinte años, lo fue; él era el empleado eficaz que nunca falta, en su vida se atrasa, jamás se equivoca y mucho menos se queja. Es posible que esto se relacione con el trabajo en sí que realiza, la tarea más sencilla del mundo, pero no menos importante. En la era de la tecnología todo estaba mecanizado, pese a lo cual siempre era necesario supervisar y esa era la tarea de Mario: los gráficos en las pantallas mostraban una clara franja roja. Si alguna línea de un gráfico sobrepasaba la barrera roja, Mario debía levantar una cubierta traslúcida y presionar un enorme botón rojo. Simple.

En veinte años, los gráficos jamás sobrepasaron esa barrera roja.

Mario era perfecto para la tarea porque jamás se aburría. Cualquiera lo haría, o se dormiría esperando durante ocho horas diarias a que los indicadores traspasaran la frontera, pero no él. Mario estaba alerta como un halcón que visualiza su presa, a lo lejos, con su dedo siempre presto a apretar el botón. Los zumbidos, tecleos y otros sonidos de la vida cotidiana en su empresa llegaban velados a su cubículo, insonorizado, que Mario mantenía con una puerta siempre abierta, la única condición que le puso a su jefe.

A mediodía, Mario fue al comedor donde varios empleados calentaban y comían sus colaciones, sentados en grupos pequeños o solos. Ese día estaba casi vacío, él recordó que hace varios días (tal vez semanas), que se percibía mucho menos movimiento en la empresa. Creyó recordar que le dijeron por qué, pero no logró visualizar la explicación que le dieron. Rara vez lo hacía.

—Es difícil para Mario —le dijo su mamá al hombre de la bata blanca—. Le cuesta concentrarse, excepto en lo que a él le gusta.

—Es normal —confirmó el hombre—. Es típico de su trastorno, pero usted debe estimularlo, debe sacarlo de su burbuja para que se integre más.

Mario sacudió su cabeza, la evocación se esfumó, sin prestarle mayor atención a retenerla. Su jornada se desarrolló como siempre y su regreso a casa, recorriendo la calle desierta y polvosa, sin novedades.

‘Tututu tuuuu tututu tuuuu’. Mario cepilló su cabello sin atender al espejo del baño, nunca lo hacía. Sin embargo su peinado era impecable, como el resto de su atuendo. El guardia lo saludó como siempre (¿qué tal, Marito?). Le devolvió el saludo sin sonreír ni decir su nombre; era malo con los nombres, no recordaba ninguno ni se esforzaba en hacerlo. Sentado frente a la consola de su pequeño cubículo de cristal (sin ventanas ni otros empleados) su mente solía irse a blanco, pero no hoy. “Ayer no estaba”, recordó. Ella era dulce y le sonreía, sus hoyuelos se marcaban cuando lo hacía. Envolvía su pastel con cuidado, sus manos parecían suaves y eran ágiles. Embaló sus pasteles durante mucho tiempo (siete meses o siete años, eso no lo sabía). “Excepto ayer, ayer no estaba”. La pastelería estaba cerrada, tablas tapiaban sus ventanales y su puerta acristalada, al igual que a muchas otras tiendas desde que vino el calor.

Eso sí lo sabía: el calor se había llevado casi todo y casi a todos.

Los pocos que quedaban seguían su rutina igual, a los ojos de Mario. Cada vez menos en su empresa; no importaba porque él no fallaría: “es mi trabajo y soy perfecto para esta tarea”. Independiente de lo que sucediera, él siempre vigilaría las pantallas para oprimir el botón rojo si las líneas traspasaban la frontera roja. Mario estaba orgulloso de eso. Ahora (alerta a las pantallas y todo) la extrañaba. Y también añoraba su delicioso pastel de chocolate de la quincena. Al recibir su paga, iba a la pastelería a media manzana de su casa para comprarle su pastel de chocolate a la chica de los hoyuelos. Los gráficos oscilaron como siempre, muy lejos de la zona roja; nunca paraban de moverse y Mario siempre vigilaba, por si traspasaban la frontera. Las voces habituales, los paseos corrientes, ya no se oían en los

pasillos. Hace mucho que eran cada vez menos, más serios y aislados. La empresa seguía allí mismo, entre cerros al final del camino que subía hasta mostrar su alta mole de cemento gris. Había menos guardias, menos gente vigilaba su rutina de aseo al salir. Después de la ducha, se quitaba su traje de una sola pieza, se quedaba en la cámara especial hasta que la puerta chicharreaba y la luz roja se encendía. Iba a su armario y vestía su propia ropa, antes de marcharse, como todo el mundo. Ya no había filas interminables antes de la ducha ni para tomar de la percha los mamelucos blancos antes de entrar.

Ya en casa notó que su enredadera no tenía hojas verdes, ayer había contado tres. Siempre guardaba un poco de agua para echarla al macetero, no quería que su planta muriera como todas las demás. Quedaba con sed pero lo hacía, y pese a todo su enredadera tenía cada vez menos hojas verdes.

—Hoy murieron tres hojas verdes —dijo en voz alta, sentado en el sillón mullido de su sala, y luego bebió toda su agua.

‘Tututu tuuuu tututu tuuuu’. Mario levantó el cierre de su chaqueta y subió su pañuelo, recordando que debía usar su máscara en días tan sucios. “Cuando el aire esté rojo y las cosas se vuelen, debes ponerte la máscara”, dijo su jefe. El pañuelo era tan bueno como la máscara pesada y fea, creyó. Pero no fue así, llegó a la empresa tosiendo.

—¿Otra vez, Marito? —lo regañó el vigilante de la entrada.

Él ya estaba a mitad del proceso de desvestirse cuando el guardia (un anciano amable) entró al vestidor. Lo miró un buen rato antes de hablar.

—Marito, tal vez no es necesario que vuelvas. Ya no queda casi nadie aquí, de todos modos.



—Mario debe oprimir el botón rojo, si es necesario.

El ya vestía su mameluco, listo para trabajar.

Frunció el ceño, ¿por qué él no sabía que era importante vigilar los gráficos?

Todo el mundo sabía que ese era el trabajo de Mario y que él era bueno en eso. No le prestó más atención, fue a su cubículo mientras el anciano meneaba su cabeza. Más tarde, su calle estaba a oscuras: un nuevo apagón. Eran frecuentes, desde que el calor vino. No importaba porque él sabía el camino a casa con sus ojos cerrados, incluso. Prendió una vela para cenar su cena fría habitual. Ahora los víveres se entregaban en la empresa y todo su salario terminaba intacto a fin de mes.

‘Tututu tuuuu tututu tuuuu’. Anoche la sirena lo despertó y estaba de mal humor. “No era necesaria”, pensó Mario. Sus ventanas ya estaban tapiadas y el viento no lo afectaba, como tampoco los fuertes remezones de la tierra ni la oscuridad casi perpetua. No le gustaba ir a trabajar cuando había dormido mal (algo cada vez más frecuente, por las sirenas), pero por supuesto que lo hizo, vestido y peinado impecable.

—La presentación es importante, Marito —le decía su mamá al peinarlo para que fuera a la escuela—. Nadie te puede tratar mal si estás bien arreglado y haces bien tu trabajo, no lo olvides.

Atisbó algunas formas esquivas, moviéndose por la calle desierta, entre sombras y autos abandonados, polvosos o quemados. Hace rato que no veía gente, excepto en su empresa. El bus ya no lo acercaba al edificio, él debía caminar un largo trecho para llegar allí; ya no había guardia afuera, y aunque todo funcionaba igual que siempre, rara vez veía a alguien en los pasillos o en las salas con escritorios, antes atestadas de gente. Los gráficos

de su consola se seguían moviendo. El zumbido se apagó hace mucho; largo tiempo atrás (al principio, cuando usaba tapones para no oírlo) solía molestar a sus oídos. Le dolió su barriga, era difícil hallar comida. A veces había alguien en la empresa que le daba víveres. Mario no recordaba la última vez que le dieron un salario, tal vez cuando aún había guardia. “Era un hombre anciano y agradable”, recordó. Pasó algo curioso: el recuerdo de ese hombre le trajo tristeza.

—Lo extrañas, Marito —le explicó su mamá—. Extrañas a Bilbo.

Bilbo era su perro y había muerto cuando su mamá se lo dijo, él extrañaba al hombre viejo y simpático. “Tal vez el guardia ha muerto, tal vez todos hayan muerto”. Pero no la pantalla, su consola seguía mostrando líneas de gráfico en movimiento, cada vez más cerca de la franja roja, de la frontera. “Mario debe estar atento para presionar el botón”.

‘Tututu tuuuu tututu tuuuu’. Tardó mucho más en apagar el despertador, en tinieblas. Sus noches eran cada vez peores, aunque ya no hubiera sirenas. Las reemplazaron sonidos más exorbitantes: carreras en medio de la noche, gritos acallados, estallidos que dañaban sus oídos (como los petardos de las fiestas pero sin la alegría). Temía la noche, las mañanas eran duras; no quería ir a vigilar las pantallas pero sabía que debía hacerlo. “Es mi trabajo y Mario es perfecto para su tarea”.

La colina se sentía muy lejana, a veces el viento le impedía avanzar, en otras ocasiones lo quemaba un sol despiadado y sudaba tanto que su ducha con ropa era un alivio. Otras veces, muy pocas, caía una llovizna negra que lo ensuciaba. Mario usaba un impermeable enorme sobre su ropa, ya demasiado ancha para su escuálido cuerpo. A veces tenía tanta hambre que fantaseaba con romper las tablas de la tienda de pasteles para robarlos, pero su madre le enseñó que robar es malo. Lo que hacía en la casa de doña Verónica

no era robar, por supuesto. Vivía en casa de doña Verónica, su cabaña adosada a otra más grande, con su propia puerta y un camino por donde antes hubo pasto en el ahora reseco jardín. Ella solía alimentarlo, siempre le llevaba comida: “no le importará que la saque de su despensa, ahora que lleva tanto tiempo sentada en el sillón, inmóvil y tiesa”. “Como Bilbo”, recordó. Sin saber por qué, se acordó de Bilbo y de su madre.

Las latas de la despensa de doña Verónica estaban hinchadas, algunas habían estallado y las bolsas de legumbres tenían insectos. Una vez limpió algunas, separando los gorgojos, y las cocinó con agua del lavabo. No recordaba cuándo pero sí que su barriga le crujía mucho después y que la ropa todavía no le quedaba tan enorme. La cocina a gas funcionaba, como todo lo de su empresa, aunque en ninguna otra parte había electricidad.

Subió el cerro trastabillando, cansado y hambriento. Trabajó todo el día, sin despegar su vista de las pantallas porque las líneas de los gráficos casi tocaban la barrera roja y Mario debía estar listo para presionar el botón rojo. Por la noche, comió las provisiones que sacó de la pastelería (la chica de los hoyuelos no estaba allí). Sabían mal, a polvo y a aquello, verdoso y peludo, que cubría lo que antes fue pan o galletas. Comió feliz porque ya no le dolía su barriga. Mario recordó su consola con gráficos y un pensamiento lo asaltó de pronto: “es una tarea sin sentido”.

No sabía qué significaba eso ni recordaba haber pensado algo así nunca antes.

Al otro día apagó el despertador pero no salió de su cama. Ya no le importaba su trabajo, no supo cómo lo había decidido: no le importaba apretar un botón rojo. Pasó algún tiempo en la penumbra (quién sabe cuánto) y las sirenas volvieron. Esta vez resonaban con un estruendo que lastimó sus oídos y por más que se los tapó no dejaron de dolerle.

Eso fue lo último que Mario supo antes que un resplandor cegador inundara su cuarto luego de volar sus ventanas.

En la colina de la planta nuclear, bajo toneladas de concreto, el núcleo frío en fisión se había calentado y ningún sistema de enfriamiento detuvo la explosión atómica.

Porque nadie presionó el botón rojo.

## Menciones Honrosas

# UNA MANO POR LO MENOS

Mario Guajardo Vergara

Uno de los últimos días del invierno de 1988, mi mamá decidió separarse por un tiempo de mi papá y nos mudamos donde unos tíos de ella. Recuerdo muy bien esa tarde porque, apenas bajó del colectivo, mi mamá se echó a llorar en brazos de la tía Silvia. No quería ser testigo de su llanto y observé el pasaje. Medía lo justo para que entrara o saliera un auto. Cuando el colectivo se alejó por el otro extremo, un grupo de niños reanudó su juego, interrumpido por nuestra llegada, el cual consistía en correr detrás de una pelota de básquetbol, aunque no se veían aros por ningún lado. Ninguno se percató del sufrimiento de mi mamá. En esa época, era reglamentario entre los niños ignorar el dolor de los adultos.

La niña líder del grupo, una niña de ojos pardos muy lindos, se me acercó:

—Me llamo Úrsula. Ellos son Paula, Andrea, Daniel y Patito.

Me miraron, sonrieron y continuaron corriendo en su juego sin objeto. Entonces vi a Patito con la pelota. Le daba botes de una manera extraña, con fuerza descontrolada, no con ese delicado vaivén de la palma abierta

como hacían los demás sino con el puño, lo cual era imposible, pues a Patito le faltaba la mano derecha. Era como el otro extremo de los brazos de las muñecas cuando se los arrancas del cuerpo. Algo tenía en vez de una mano, pero no pude visualizarlo porque Úrsula me tomó del brazo, me miró con los ojos muy abiertos y me susurró con energía:

—No mires tanto a Patito. La regla es nunca hablar de eso. Vamos a jugar.

Me uní a ellos. Para no mirar a Patito, traté de comprender eso que llamaban juego. Como no había aros, se trataba de darle botes a la pelota y evitar que los otros te la quitaran. No había un antes ni después. Nadie podía ganar, pero sí daba la impresión de que al término perdían todos. Quizá podías estar ganando, pero nunca ganabas efectivamente. No estoy tan seguro de llamarlo juego, pero no sé nombrarlo de otro modo. Hacemos lo que podemos con las palabras que tenemos a mano, aunque éstas sean pocas o inexactas.

No alcancé a tomar la pelota porque mi mamá, que ya no lloraba, me llamó para tomar once. Me despedí de mis nuevos amigos esforzándome por no dirigir la vista a la mano ausente de Patito.

Como llegaba muy tarde del colegio, veía poco a los niños del pasaje. Algunos fines de semana me quedaba con mi papá. Los pocos sábados o domingos en que no hacía tanto frío para estar en la calle, Úrsula y los demás salían y me sumaba a perseguir el balón de básquetbol sin aro donde poder encestar.

Un día, a comienzos de primavera, cometí el error de quitarle la pelota a Patito. Nadie me lo había dicho, pero otra regla no escrita del juego era que a Patito se lo dejaba dar botes tranquilo, sin molestarlo, hasta que per-



diera el control de la pelota. Recién ahí los demás podíamos proseguir. En las rarísimas ocasiones cuando Patito le quitaba por fin la pelota a alguien, los demás fingían querer recuperarla, aunque en realidad lo dejaban hacer sin intervenir. Cuando se la quité, todos pararon en seco. Sin decir nada, Úrsula me arrebató la pelota y se la devolvió a Patito. La ficción de su juego continuó como si nada.

—A Patito no le quitamos la pelota —me aclaró—. Nunca. No lo vuelvas a hacer.

No dije nada. Estaba enojado, pero me limité a asentir con la cabeza y seguí corriendo.

Esa noche, antes de dormir, pensé mucho en lo sucedido. Me parecía estúpido. ¿Cuál era la gracia de jugar básquetbol si no había dónde encestar? ¿Por qué tantas consideraciones con Patito? Tenía una mano por lo menos, podía arreglárselas. Afuera, en el mundo real, otros niños no dudarían un segundo en quitarle la pelota. ¿Por qué disimular lo evidente? Poco antes de dormirme, sin embargo, sentí lástima por él y por los demás. Después de todo, ¿qué haría yo si me faltara una mano? ¿No era cierto que, como mi mamá decía, pronto nos iríamos de esa casa? Además, yo muy pronto podría escapar del falso juego, pero Úrsula y los otros niños se quedarían ahí para siempre, pendientes de la mano fantasma de Patito. Entonces decidí que la única solución posible, ya que no podía ser como nosotros, era que nosotros debíamos ser como él.

Al otro día, salí a jugar con esa resolución. Le quité la pelota a Paula, cerré el puño y comencé a aporrearla para darle botes al estilo de Patito. Era muy difícil. Valoré su control del balón, aunque fueran unos pocos segundos, porque a mí se me escapaba la pelota a los dos o tres rebotes. Sin utilizar la palma y los dedos extendidos, no había control posible, solo golpe tras

golpe. Ocupado en esa tarea, no me di cuenta de que todos se habían parado en seco, como la vez anterior. Quise explicarles, pero antes de poder decir nada, Patito comenzó a llorar. Andrea y Daniel intentaron consolarlo, sin conseguirlo. Úrsula le entregó el balón. Nada, seguía con su llanto. Alercados, los adultos salieron. Mientras algunos intentaban contenerlo, otros preguntaban qué había ocurrido. Úrsula me señaló:

—Se estaba burlando de Patito.

Me miraron como si le hubiese arrancado recién la mano. En eso apareció mi mamá, que alcanzó a escuchar las palabras de Úrsula, me agarró de una oreja y me arrastró hasta la casa.

—¡Cómo se te ocurre burlarte de ese pobre niño! —me soltó al entrar.

—No me burlaba —me excusé—, quería jugar como Patito.

Mi madre se llevó una mano a la boca y frunció el ceño; con la otra, me dio una cachetada.

—¡Cómo te atreves a pensar en eso! —gritó desde detrás de su mano—. Patito es perfectamente normal.

Me arrojó al sofá de un tirón. Con el orgullo y la razón heridos, soporté las miradas reprobatorias de ella y de los tíos hasta la hora de acostarme.

Esa noche soñé que iba junto a los otros niños detrás de la pelota, como siempre, y desde el cielo o desde la nada una mano de adulto gigante bajaba al pasaje e intentaba asirnos. El juego se detenía como cuando pasaba un auto, luego continuaba. Al descender la mano, todos corríamos por nuestra vida, excepto Patito, que se quedaba quieto, esperando que lo agarraran, lo cual nunca ocurría porque la mano lo ignoraba. Mientras jugaba, me angus-

tiaba pensar que él deseaba ser apresado quizá para que le arrancaran el brazo como a una muñeca, se lo invirtieran y así apareciera por fin su mano perdida. Al final del sueño, Patito me dijo:

—No pasa nada. Es perfectamente normal.

Durante las Fiestas Patrias nos fuimos de vacaciones a nuestra casa, con mi papá. Casi era primavera, pero llovió toda la semana y me pasé los días frente a la televisión. Faltaba poco para votar Sí o No por los militares, explicaban en los noticiarios. Era extraño, porque mis padres no mencionaban la cuestión, y en mi familia por regla general se comentaban los temas impuestos por la pantalla.

Tampoco se tocaba el tema en público. En el viaje de vuelta a la casa de los tíos, en el colectivo, una señora le preguntó al chofer si votaría por el Sí o por el No.

—Ah no, señora, el voto es secreto —se rio. Mi mamá también rio.

Le pregunté de qué se reían y por qué el voto era secreto. Ella me tiró de la oreja, ellos rieron con más ganas y no se habló más. Supuse que era una de esas reglas para situaciones como la mano de Patito y no volví a hacer preguntas.

No vi a los otros niños hasta el día de la votación. Los tíos salieron temprano por la mañana. Cuando volvieron, mi mamá les contó que todo estaba arreglado con mi papá. Pronto las cosas volverían a la normalidad. Ellos se alegraron, pero le sugirieron tomarse el tiempo necesario para pensar bien las cosas. Mientras hacían hincapié en que no era problema tenernos ahí, noté que ambos tenían el dedo gordo de la mano derecha muy morado, como si se los hubiesen apretado de un portazo o como si se los hubiesen martillado repetidamente. Me pregunté quién sería capaz de dar un portazo tan

fuerte o de martillar de esa manera para dejar un moretón tan exagerado. Por alguna razón, recordé mi sueño con Patito y la mano gigante.

Después mi mamá fue a votar y aproveché de salir. Afuera jugaban Úrsula, Patito y los demás niños. Dudé en acercarme. Había tenido demasiados problemas por la simulación de juegos y manos que en realidad no existían. Sin embargo, Úrsula me lanzó la pelota a los pies.

—Ven a jugar —me ordenó sonriente.

Me obligué a olvidar y me uní al grupo. Recién entonces comprendí la finalidad del juego. Corrimos y dimos botes durante varias horas, sin preguntas, sin incomodar a Patito con miradas o cuestionamientos inoportunos. Hasta que la vi por primera vez.

Yo llevaba la pelota y Patito intentaba quitármela, atravesando su mano fantasma en mi camino. Donde Patito no tenía mano, aparecieron dos porrititos de piel escarificada, dos ampollas grotescas, como dos dedos floreciendo en la primavera que todavía no se manifestaba. Me quedé mirando. Úrsula había dejado de correr y me miraba con los ojos muy abiertos. Así, a través de miradas, mientras los demás continuaban con el juego, le pregunté qué ocurría. Sus ojos respondieron que era mejor no hacer preguntas y siguió corriendo. Afortunadamente, en ese momento los adultos volvían de votar y nos llevaron adentro. Todos traían los pulgares morados, exhibiendo el mismo golpe monstruoso sobre el pulgar.

En la casa de los tíos, mientras almorzábamos, se me ocurrió preguntar qué habían votado. Al contrario de las personas del colectivo, nadie se rio. Mi mamá siguió pinchando ensaladas con el tenedor. La tía se limitó a respirar muy fuerte por la nariz. El tío masticó muy lento la comida dentro de su boca y me clavó los ojos. Cuando terminó de masticar, tragó y me explicó que se votaba por los militares o por la democracia.

—Yo voté por la democracia —dijo desafiante. Mi mamá calló. La tía insistió en eso del voto secreto. No se habló más. Cuando terminé de comer, salí y esperé a los otros. Había sol. Era el primer día de sol desde el comienzo de la primavera, el quinto día de octubre de 1988. Salieron Patito, Paula, Andrea y Daniel. Fingí jugar con normalidad. La última en aparecer fue Úrsula. La aparté y le pregunté qué estaba pasando, si había visto lo que yo.

—No vi nada —trató de reírse.

—No te creo —la confronté—. Dime o yo mismo trato de averiguarlo.

—Ni se te ocurra —chistó—. Nosotros tampoco sabemos. Hace unos días le aparecieron esos..., no sé cómo llamarlos..., esos como dedos.

A pesar de la mueca de asco, sus ojos seguían siendo pardos y lindos. Aún no terminaba de cuajar esta idea en mi conciencia cuando Patito comenzó a gritar. Me alegré porque, al menos esta vez, el causante del llanto era otro. Al mismo tiempo, me asusté porque los demás niños desviaron la vista, se llevaron las manos a la boca como adultos asustados y comenzaron también a llorar. Úrsula corrió donde Patito y lo abrazó. Lo envidié dos segundos y entonces lo vi: le crecían dedos. La mano ausente germinaba por fin. El vacío ya no era vacío. El monstruoso responsable del miembro desaparecido retrocedía en sus designios y creaba una mano donde antes había apenas dos verrugas. Digo mano por decir algo, porque desde el muñón a Patito le brotaban unas carnosidades, unos callos, unas como ramitas de un árbol, pero como las ramitas corruptas, débiles y frágiles de un árbol podrido. Patito desgarraba el pasaje con gritos de dolor o de incomprensión, tal vez ambos. Sus padres fueron los primeros en salir. Me miraron a mí con furia y luego a su hijo con horror. Al enfrentarse con esa promesa o maldición de mano de inmediato supieron que yo nada tenía que ver. Luego salieron los demás adultos. Alguien ofreció llevarlos al Hospital. Muchos

minutos después de que lo subieran al auto y hubiese desaparecido a toda velocidad en él, todavía me parecía escuchar los gritos desesperados de Patito inaugurando el sol tibio de esa primavera. Niños y adultos entraron a las casas. Úrsula quiso quedarse a mi lado y yo quedarme al lado suyo, pero su mamá la llamó. Ya era hora de entrarse. Mi mamá me gritó lo mismo. Era momento de separarnos para siempre, aunque no lo sabíamos. Entonces ella me preguntó:

—¿Te fijaste?

—¿En qué?

—Todos los adultos tenían los pulgares morados...

—¿Sí?

—Menos los papás de Patito.

Medité unos segundos sobre qué podía significar eso. O bien los padres de Patito no votaron ese día, o bien se cuidaron de lavar sus manos con cuidado y esmero después hacerlo. Sin saberlo, miré a Úrsula por última vez. Al otro día me iría a mi casa para siempre. Los tíos de mi mamá se mudarían un par de meses después y jamás volvería a pisar ese pasaje.

—Hay que hablar de la mano —dije. Quise sonar como si lo exigiera, pero soné como si lo solicitara. De saber que no volvería a verla, habría dicho otra cosa más inteligente o más emotiva. Pero dije eso: hay que hablar de la mano. Sin saber que así nos despedíamos, mientras caminaba de vuelta a su casa, lo último que me dijo fue:

—Es una mano por lo menos.

# LA MANCHA

Enrique Marchant Díaz

**E**scribe para no morir. Siente que, al igual que Sheherezade relata un cuento cada noche al sultán para mantenerse viva, él también vivirá si no deja de escribir. Y piensa que una forma de morir es ingresar al mundo de la locura, pues se deja de ser lo que siempre se fue y se viaja a un mundo paralelo del que nunca se regresa. Una especie de muerte en vida, o de vida en la muerte.

Antes de enloquecer por el encierro, el silencio exasperante, la fétida humedad, el colchón mordido por las ratas, la eterna semioscuridad, la insufrible estrechez del recinto; antes de la insania mortal provocada por todo aquello... escribir, escribir, escribir; para ejercitar la mente, para no olvidar la realidad, que no volverá a ver sino hasta unos treinta años después, si es que está vivo en ese entonces. Para evitar la atrofia de la imaginación y de los sentimientos. Para inventarse un mundo como si fuera propio y escaparse por él hacia la libertad, cabalgando sobre ideas y fantasías; para incluso crear una historia que gire en torno a un loco, como un modo de traspasar a otro ese tipo de muerte tan temida. Y ser feliz en ese mundo esquizofrénico



que brota en cada frase y paso que se va dando, a pesar de las incompreensiones, humillaciones y maltratos. Viajar por ese mundo fantástico a través de montes, valles, riscos, eriales, buscando, como lo hacía Diógenes —acompañado por su lamparita encendida aún en el día—, esa pizca de justicia y misericordia que no tuvieron con él cuando más las necesitó, y que lo condujeron a ese lugar.

Vagar sin rumbo por las páginas, indefinidamente, con la compañía de las horas, de las musas, de una historia, de sus personajes, de sus aventuras. De todo aquello que él está privado de hacer; de todo lo que no puede tener y no tendrá. Porque ahora solo cuenta con hojas en blanco que va llenando con avidez y que, luego de escribirlas, va leyendo como si fuera su propio y único lector, pues no habrá otros.

Escribe esas páginas simulando olvidarlas para después leerlas con sorpresa y maravilla. Se está inventando su propio libro para disfrutarlo y no aburrirse, y finalmente esquivar la demencia, porque en ese enclaustramiento no hay casi nada: un sucio colchón, una bacinica vieja, un cajón de madera, un par de mantas, un plato sucio que va y viene en ciertas horas del día con comida peor que para perros, y esa enorme mancha de musgo y hongos que ya ha cubierto gran parte de la pared posterior del habitáculo. Sin contar con ese vecino melancólicamente ensimismado de la habitación contigua que no le dirige la palabra. Seguramente tiene un mayor linaje, pues lo tratan con respeto y mayor delicadeza. En cambio él solo es tratado como lo que es, un ser basto, pobretón, desharrapado e ignorante, con aspecto más de cargador o verdulero que de incipiente escritor. Casi lo único que tienen en común es su estadía en ese lugar y el encierro.

El respetado vecino sabe que su tosco compañero del lado escribe: oye las hojas caer presurosas luego de ser escritas con fruición; siente el choque de la pluma con el tintero y el sutil deslizamiento vertiginoso de aquella

sobre el papel, día y noche, jornada tras jornada, mes a mes... Y también lo sabe porque posee un pequeño espejo por donde puede mirar cómo realiza su frenética tarea, encorvado y sombrío sobre el cajón que hace de escritorio. Le intriga sobremanera de qué escribirá aquel hombre zafio, porque, además de gastar su tiempo observándolo de vez en cuando, también invierte sus horas escribiendo, mejor dicho, intentando escribir, pues nada de lo que inventa lo seduce. Su historia es débil; los personajes, incompletos; el argumento, soso; el estilo, pueril.

Definitivamente, la sequía de la inspiración lo ha invadido. ¿Será la edad, el agotamiento de los temas, las circunstancias, lo deprimente del lugar, el encierro, la degradación? Se pregunta cómo es que el burro del lado puede escribir más que él. Claro, a juzgar por su aspecto menos que rudimentario, deduce que debe estar escribiendo un mamarracho en el que nadie gastaría su tiempo en leer. Pero le es curioso, hasta gracioso ver a ese hombre básico llenar y llenar páginas. Llega a creer que tal vez sea un demente que esté repitiendo una y otra vez la misma frase, el mismo párrafo, el mismo capítulo.

A veces, ha despertado en la noche por el roce enloquecido de la pluma, y lo ha visto —ayudado por su espejo de mano— en el mismo ritual y con el mismo rictus de siempre, a la luz moribunda de una mínima vela. ¡Impertinente ruido insensato que no lo deja dormir! Aun así, le tiene envidia. Mal que mal escribe y escribe sin parar, y pareciera quedar satisfecho con lo que hace, porque cada cierta cantidad de páginas se detiene a leerlas como si recién conociera aquello que está contando. Se ríe con ellas, llora, reflexiona, admira y finalmente las guarda rigurosamente ordenadas dentro del cajón. Y vuelve a escribir y a cubrir el suelo con las páginas, impulsado por un torrente de compulsión enfermiza. Por eso siempre lo observa con su espejo; quisiera producir páginas escritas como él. Miles de hojas caducas embelleciendo un campo de nogales, pero con una historia sublime, con personajes inolvidables, con un insuperable estilo, para coronarse con la fama definitiva

que merece; para trascender a lo largo y ancho del tiempo y la geografía; para ser leído como reguero de pólvora de lector en lector. Pero nada sale de su pluma. Esa misma que ya lo ha hecho conocido con obras inteligentes e ingeniosas.

A veces, el hombrecito de la encorvada silueta sobre el cajón, que sigue afanosamente llenando hojas y esparciéndolas en el suelo, lo ha descubierto observándolo. Ha visto su mano derecha saliendo por entre los barrotes sujetando el pequeño espejo desde donde le llega reflejado un ojo gigante. Otras veces logra ver su brazo completamente extendido, para que el espejo lo pueda seguir cuando traslada el cajoncito-escritorio debajo del ventanuco y así aprovechar los rayos que se cuelan en las noches de luna. Antes, el ojo indiscreto lo espiaba muy de vez en cuando, pero al pasar de los meses se ha tornado casi permanente. Tal vez estar pendiente de él y observarlo escribiendo sea la forma que ha encontrado el respetable vecino del espejo para evitar la demencia.

En tanto, al hombrecito compulsivo ha empezado a brotarle un incómodo bochorno que con los días se ha ido transformando en fiebre. Cree que es el estado febril que precede a la locura. Entonces, comienza a escribir con más urgencia y frenesí, para ganarle la carrera, para no morir en vida. Pero mientras más escribe, más va enfermando. Cuando al par de semanas siente que se escapa de sí mismo, que está perdiendo el control, que la demencia invade su cuerpo con escalofríos, toses, sudor, náuseas y convulsiones, sabe que está empezando a morir.

Un par de días más tarde, intuye que su única salvación es quemar el enorme manuscrito, para que siga teniendo en exclusiva al único lector al que está destinado y que ya no podrá seguir leyendo. Pero la vela se ha consumido. En un acto de desesperación, grita por primera vez a su vecino

pidiéndole que tome el montón de páginas y lo incinere con la llama de sus velas. Solo por curiosidad, éste acepta el manuscrito, sin decirle nada.

Al par de horas, el rústico escribiente muere. Los carceleros llegan a la celda de la mancha y lo sacan con la fría indiferencia de quien hace un trámite rutinario. El único gesto es una mueca de asco que ambos esbozan por el olor a hongos y humedad.

Por mientras, el honorable del espejo hace ya dos horas que ha estado leyendo las páginas que ha debido quemar. Y lee ininterrumpidamente, desesperado, fascinado, incrédulo, furioso. Pasa un día, pasa otro... No come, no duerme, casi no respira. Acaba una vela tras otra, esas que no ha usado para convertir en cenizas lo que tiene ante sus ojos, haciendo caso omiso a lo encomendado con agónica súplica.

Al tercer día, aparecen dos carceleros y uno de ellos, con cierta ironía, le dice:

—¡Eh, don Manco, ha llegado una orden para que os dejemos libre! ¡Podéis iros ahora! ¡Habéis tenido más suerte que vuestro colega escritor al que llamabais Sancho!

Y, antes de apagarse al final del pasillo el eco de las carcajadas, la llave abre el otro calabozo, por donde salen al mundo el Manco, el espejo y el montón de páginas intactas.

# LOS COIRONES

Melany García Quevedo

**A** noche Emilia soñó ballenas y océanos movedizos. Soñó con cuerpos pintados y máscaras extravagantes, soñó con el Hain desplazándose por los mares que chocan con los cabos. Escondido entre los turistas, recorre los fiordos del fin del mundo.

Despierta el horizonte fueguino con destellos azules. La neblina obtusa, las ínfimas estalactitas de rocío en los calafates, los kilómetros eternos de coirones amarillos en eterna meditación solitaria y que de pronto, fueron abruptamente interrumpidos. Mateo Stonic corre a saltos, nervioso, respirando entrecortado el aire gélido y jadeando vapor. Corre sin detenerse y con paso firme, de vez en cuando vuelca la cabeza para mirar los cabos últimos, se abstrae otra vez y corre más rápido. Va hasta el campamento Selk'nam del este, el último en pie en la Isla Grande de Tierra del Fuego. Corre con la urgencia visceral de un hombre cuyo hijo yace en el fin del mundo. Por fin, su vista encontró unas pocas tiendas humeantes y niños desnudos, todos envueltos en alarma. Ralentizó su paso cansado y advirtió su presencia con algunos gritos auxiliares. Del otro lado, el fueguino que ya lo había divisado, con cautela y precaución prepara discreto sus arcos y lanzas.

Stonic llegó a Karkame hace dos años en medio de la fiebre aurífera, no se imaginó que para entonces la búsqueda del oro menguaba. Su mujer vino con él desde el Viejo Mundo para acompañarlo en su desventura y ahora, lo espera de regreso envuelta en mantas y humo de ñirre consumado. Stonic no sabe de Haines, pero corre. No entiende de ritos, ni de magia, ni de trances corpóreos. Pero corre y navega. Vio en algún día de caza, las embarcaciones onas (las que les robaron a los yaganes). Le parecen familiares, traen a su memoria las nostálgicas góndolas. Por supuesto, las agrestes chaukis eran más íntegras; comentario que siempre se guardó para sus adentros y que regurgitó como una epifanía esa madrugada febril.

Atenolok, iniciado del Klóketen, padre de los hijos e hijas que aún resistían su permanencia en la isla, último k'mal de la única y solitaria familia Selk'nam de Karkame y el mundo, divisa en la distancia la figura foránea. El hombre-oens entiende a la tierra y al espíritu de la orca; entiende la nieve, el calafate, el coirón. Entiende el puelche y llanto, y piensa si caso el foráneo incauto comprende siquiera su humanidad. Mateo se detuvo frente a Atenolok remarcando la profunda evidencia de la diferencia de alturas. El hombre europeo sintió por primera vez su nimiedad.

Cuando trajeron a Stonic, Atenolok colocó su arma en el espacio entre ellos. Al europeo le tomó unos segundos normalizar su ritmo cardíaco y otros más obligar a su lengua a degustar la suerte de la voluntad ajena.

—El menor de mis hijos, yace en fiebre. Necesito cruzarlo a Punta Arenas para llevarlo con un médico, necesito una de sus chaukis.

Todavía no terminaba de formular su petición cuando cayó en cuenta del círculo de lanzas y flechas que lo cercaba.

—¡Haré lo que me pidan, lo que sea!

Atenolok observó la súplica y la consideró en silencio evitando con un gesto sutil que dañaran al intruso. —Quizás— pensó, debería dejar que los espíritus que demandan venganza desde la tierra clavarán su lanza mortal. Dejar que la exigencia visceral de la pampa profanada liberara su agonía en una flecha homicida, o, ¿acaso la sangre Selk'nam se apagará con sangre escasa y asesina? Atenolok no confió en sus propios juicios y extendió esa responsabilidad a otro. Atrás, expectante y desapercibido, un anciano de cabellos blancos sentado sobre pieles de guanaco aguardaba en silencio que consultaran al Lailuka.

Y luego partió. Mateo Stonic emprendió la mayor de sus empresas. Más grande que cruzar el océano hasta los confines, más grande que buscar el oro inexistente, más grande que volverse un cazador de hombres salvajes. Su esposa lo acompañaba asida en la misma chauki, con un pequeño bultito al que protegía entre sus brazos de las furiosas olas saladas. Ella le pidió que se quedaran, que escuchara al hombre-oens, pero Mateo confiaba en su desplante entre los mares australes, en su dominio navegante, el mismo que lo condujo desde otro océano hasta ese ápice del mundo.

Y así se batía la figura de sus cuerpos en medio de esa franja negra de agua inquieta. Llevaban apenas veinte minutos de las tres horas que toma cruzar el Estrecho cuando la trifulca de olas rebulló. La mujer de Stonic suplicaba al marido volver a tierra y confiar en el consejo ancestral del Lailuka. Sin embargo, el hombre se aferraba a su cometido del mismo modo en el que se aferraba a la chauki para no caer. Ya era tarde para cualquier intento de clemencia a la cordura, o al océano. Ni los propios Selk'nam se habrían aventurado a navegar aquel día de tormenta aproximándose, pero ningún consejo ni advertencia es suficiente contra la verdad robusta de un hombre blanco.



Y así como una caída libre al vacío entre los sueños, una ola súbita emergió de las profundidades para liberar la pandora del naufragio. La imprevisible escena no cabría en el entendimiento de ninguno y cualquier explicación o verdad sempiterna del hombre se volvería absurda rendida al desconsuelo. El agua fragante le había arrebatado al pequeño de entre los brazos a una mujer imposibilitada de efectuar cualquier maniobra para evitarlo. Stonic observaba la escena con la vista entrecortada por el agua salpicante, buscando inútil algún indicio del infante entre las olas.

¡Padre nuestro, Virgen Santísima! ¡Espíritu del Estrecho, del Hain, Jesucristo! La mujer de Stonic vacilaba entre la cruz y la muerte, entre las máscaras de frentes altas y la pintura negra-carmín de los cuerpos desnudos, entre cincuenta padrenuestros y el canto gutural de un nativo cuya lengua ya se perdió. Sombras en medio del aire gélido y humo de leña de calafate en medio de coronas papales y el oro que nunca tocó, Sagrado Corazón de Jesús, sagrado corazón de coirón, Ave María purísima sin pecado concebida y ballenas sacrificadas. Presa del agobio y conmocionada de mar y luto, la madre se precipitó instintivamente a la orilla de la chauki con la clara intención de fundirse en la amalgama de pánico y consuelo que le sugería la mar. Stonic no permitió que su cordura se desbordara y se aferró a su mujer evitando que ella también se perdiera en tan inmensa sepultura. Pero en la mujer persistía la histeria, el grito, el llanto, el Hades.

Mateo Stonic apenas pronunciaba los gemidos de su conciencia y parecía que él era lo único inmóvil en la escena. Tomó fuertemente el remo entre sus manos y golpeó la cabeza de su mujer para evitar que saltara hacia la muerte. Tumbado en el piso de la embarcación y con su adormilada mujer entre los brazos, entendió a la deriva el desvarío de su acción.

—El Lailuka en su sabiduría, desea ayudarte —respondió a secas el Selk'nam desnudo frente a él después de consultar al anciano—. Regresa, lo más pronto posible a nuestras kauwis, y trae contigo a todos tus hijos.

Mateo Stonic tenía muchas preguntas, pero pensó en resolverlas luego, ya que el tamaño de su urgencia y el de su miedo era mayor al de sus dudas. Pronto se encontraba nuevamente el hombre blanco frente a Atenolok, ahora acompañado de su mujer y sus dos hijos. El pequeño, en los brazos de su madre, exponía sus molestias con un agudo sollozo, el mayor —que tenía la edad en la que los niños Selk'nam comienzan la preparación para el Kokletén— con la mirada en el suelo, cuestionaba en silencio el sentido de su presencia en el lugar.

La mujer de Stonic escuchaba la solución del nativo. Atenolok traducía las palabras del Lailuka que no conocía el lenguaje foráneo: “Sus hijos traen el mal de los blancos. Lo trajeron con ustedes a esta tierra, y cuando lo expulsan de su cuerpo se allega al de un Selk'nam, que no conoce cómo luchar con sus demonios y perece. Pero nosotros, los que quedamos en pie en Karkame, hemos resistido este mal gracias a la sabiduría de nuestros padres, y ahora se la enseñamos a ustedes para que luchen contra su mal y no escape a los cuerpos de nuestros hermanos.”

El hombre removió de entre sus cosas unas raíces irregulares y gruesas llenas de tierra. Luego, les trituró los cuerpos contra la roca. Eran raíces de coirón.

El europeo rechazó entonces la primera advertencia contra su orgullo e insistió en la embarcación para cruzar el Estrecho.

—No tenemos ventas, no existen para nosotros, tampoco nos interesa tu dinero. Solo te pido una garantía de que la traerás de vuelta; deja a tu hijo mayor a nuestro cuidado durante tu viaje.

Atenolok intentaba mover a la cordura a Stonic. La chauki estará más pesada y les costará más trabajo mantenerse a flote en ese mar enfurecido; se acercaba una tormenta sufrible.

—A tu regreso, volverá contigo al igual que la chauki volverá a nosotros.

Mateo accedió. Pero la chauki nunca regresó a las manos de sus dueños. Ni se encontraron otra vez frente a frente las contrastadas siluetas que concretaron aquel acuerdo. Stonic hijo ya no era conocido con ese nombre, los Selk'nam lo llamaban Hash, como el espíritu de las montañas blancas.

«Le contaremos de Xalpen, Tanu, K'tenon, los espíritus de los Hain. Entonces, en algunos años más, él será el único iniciado en el Kloketén que no haya nacido Selk'nam. Quién sabe si más adelante, cuando los blancos traigan otros males y se nos peguen al cuerpo, reconozcan a Hash como uno de ellos y no le arrebaten el alma. Así, el espíritu del Hain permanecerá vivo entre los de su raza por todas las generaciones del tiempo.»

Despierta el horizonte fueguino como todos sus días en el mundo. Ya nadie recuerda Karkame.

En la avenida Bulnes, los cipreses redondos adornan la Plaza de Armas de Porvenir, y Emilia reparte a los turistas folletitos de la exposición fotográfica de París del 1881 que está ahora en el museo municipal.

Anoche, Emilia los soñó. Ahora los turistas se los llevan de recuerdo al otro lado del océano.

**XVI CONCURSO LITERARIO NACIONAL  
PREMIO “STELLA CORVALÁN”  
GÉNERO CUENTO 2019**

**AUTORES PREMIADOS**

**PREMIO “STELLA CORVALÁN” 2019**

~Sergio Sepúlveda Astudillo~

**SEGUNDO PREMIO**

~Tulio Mendoza Belio~

**TERCER PREMIO**

~Fabiola Castillo Rojas~

**MENCIONES HONROSAS**

~Mario Guajardo Vergara~

~Enrique Marchant Díaz~

~Melany García Quevedo~

**JURADO**

Juan Carlos Díaz Avendaño, Alcalde de Talca  
Cristina Zúñiga A., Directora E. Corporación Municipal de Cultura  
Diego Muñoz Valenzuela, Escritor  
Susana Burotto Pinto, Escritora  
Gabriela Hill Vásquez, Licenciada en Letras  
Adriano Améstica, Secretario

## GAÑADORES(AS) DEL PREMIO “STELLA CORVALÁN”

Los ganadores(as) del Concurso Literario Nacional, Premio “Stella Corvalán”, instituido por la Ilustre Municipalidad de Talca, desde el año 2004 al 2019, son los siguientes:

### **AÑO 2004 - POESÍA:**

Bernardo González Koppmann, autor de *“Origen del Silbo y Otros Sueños”*.

### **AÑO 2005 - CUENTO:**

Eugenia Gazmuri Vieira, autora de *“Lección de Paisajismo”*.

### **AÑO 2006 - POESÍA:**

Marcelo Guajardo Thomas, autor de *“Víctor Sarmiento Comprende el Tedio”*.

### **AÑO 2007 - CUENTO:**

Pablo de Carolis Yori, autor de *“En la Tarde se Conversará”*.

### **AÑO 2008 - POESÍA:**

Juan Cameron, autor de *“Balada del Extranjero”*.

### **AÑO 2009 - CUENTO:**

Roberto Briones Sepúlveda, autor de *“La Página en Blanco”*.

### **AÑO 2010 - POESÍA:**

Jaime Ramos Jauch, autor de *“La Sombra de las Últimas Cosas”*.

**AÑO 2011 - CUENTO:**

Raúl Alcaíno Quiroz, autor de *“Falklands”*.

**Año 2012 - POESÍA:**

Aldo González Vilches, autor de *“Viaje a la Niebla”*.

**AÑO 2013 - CUENTO:**

Victoria Paz del C. Espinoza Quintriqueo, autora de *“Papá”*.

**AÑO 2014 - POESÍA:**

Tulio Mendoza Belio, autor de *“Oficio de Sastre”*.

**AÑO 2015 - CUENTO:**

María José Bilbao Guajardo, autora de *“Rubio en la Escalera”*.

**AÑO 2016 - POESÍA:**

Ricardo Vivallo Merino, autor de *“La Forma de las Cosas”*.

**AÑO 2017 - CUENTO:**

Marcial Edwards García-Huidobro, autor de *“Lo Invitaron al Baile”*.

**Año 2018 - POESÍA:**

Sergio Rodríguez Saavedra, autor de *“Días como Peces”*.

**AÑO 2019 - CUENTO:**

Sergio Sepúlveda Astudillo, autor de *“En el Mismo Lugar de Siempre”*.

## ÍNDICE

Prólogo: El Premio “Stella Corvalán” y sus Raíces Literarias Maulinas,  
Adriano Améstica

-5-

“*En el Mismo Lugar de Siempre*”, Sergio Sepúlveda Astudillo

-13-

“*Para una Dama de Otro Tiempo*”, Tulio Mendoza Belio

-22-

“*Tarea sin Sentido*”, Fabiola Castillo Rojas

-28-

“*Una Mano por lo Menos*”, Mario Guajardo Vergara

-38-

“*La Mancha*”, Enrique Marchant Díaz

-47-

“*Los Coirones*”, Melany García Quevedo

-53-

Autores Premiados y Jurado 2019

-60-

Ganadores(as) del Premio “Stella Corvalán”, 2004-2019

-61-



**Talca**  
Ilustre Municipalidad



ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA



**Talca**  
Corporación de Cultura  
Ilustre Municipalidad